

ALCUBIERRE, el descubridor de Pompeya

El ingeniero militar español rescató del olvido el hoy afamado yacimiento arqueológico que sigue revelando sus secretos

VISITADO cada día por miles de almas de cualquier lugar del mundo, el parque arqueológico italiano de Pompeya, en Nápoles, se hacía hueco entre las noticias de actualidad el pasado febrero. Saltaba entonces la noticia de un nuevo hallazgo de singular valor, el enésimo desde que el ingeniero militar español Roque Joaquín de Alcubierre diera con él en 1748.

Los investigadores que hoy trabajan en el yacimiento han localizado un gran fresco que representa al dios del vino —Dioniso, en la mitología griega, Baco, en la romana— seguido por un amplio séquito de bailarinas, cazadoras y sátiros.

Y, como antaño sucediera durante las excavaciones dirigidas por Alcubierre —cualidades ornamentales y artísticas aparte—, la pintura encontrada ha servido para ahondar en el conocimiento del mundo romano.

En concreto, rescata la relación de la caza con los ritos iniciáticos al culto de Dioniso, un vínculo recogido en textos clásicos pero reinterpretado con el tiempo hasta ver en él, solamente, una metáfora de la vida desenfadada.

No será la última escena recuperada de las cenizas y el olvido que se convierta en fuente de primera mano para ampliar o clarificar lo que sabemos de Roma y la próspera Pompeya, sepultada por la erupción del volcán Vesubio en el año 79 después de Cristo.

Aunque el pompeyano, es el yacimiento arqueológico más emblemático de la zona, no es el único. La furia volcá-

nica también enterró la vida en Estabia y Herculano, el primer enclave vería la luz en 1738, gracias al afán investigador del citado Alcubierre y el apoyo de Carlos III cuando era rey de Nápoles.

Tal descubrimiento supuso un hito sin par en la época, tanto en el campo de la arqueología, como en el conocimien-



El primer hallazgo del ingeniero militar Roque Joaquín de Alcubierre fue Herculano, después localizó las ruinas pompeyanas y Estabia.

to del mundo romano. Sin embargo, al contrario que las ciudades que rescató de las sombras del olvido, no son muchos los que identifican a su descubridor, aunque la tendencia parece estar cambiando.

Así, el próximo 25 de abril, el ingeniero militar será protagonista en la sesión inaugural del festival internacional de

cine de historia *Saraqusta*, que se celebra en Zaragoza, la capital que le vio nacer.

Sobre el feliz alumbramiento, algunas fuentes apuntan que fue el día de San Roque, el 16 de agosto, de 1702, aunque otras piensan que esa podría ser la fecha de su bautismo, ya que su primer nombre es el del citado santo.

Poco se conoce de su vida antes de llegar a Nápoles como parte de la corte española del infante don Carlos, rey napolitano, primero, y de España, después.

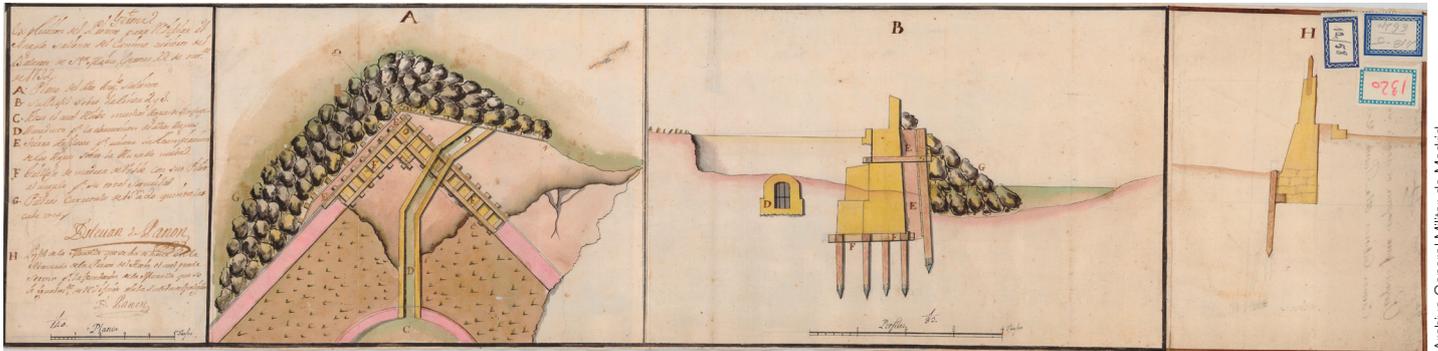
AL SERVICIO DE LA CORONA

Sí se sabe que fue protegido de los condes de Bureta e ingeniero del Ejército. En 1731, el especialista Miguel Beltrán Llorís sitúa al zaragozano en Gerona, destinado como «ingeniero voluntario», en su artículo *Roque Joaquín de Alcubierre, descubridor de Pompeya y Herculano*.

La gerundense, fue una de las varias plazas catalanas en las que sirvió nuestro protagonista a las órdenes, tanto de Esteban Pañón, como de Andrés de los Cobos, según explica el doctor en historia del arte José Antonio Hernández en su análisis *Roque Joaquín de Alcubierre y la conquista de la Antigüedad*.

Participó en proyectos militares relevantes sobre ríos, fortificaciones y otras obras. Entre esos trabajos, Hernández cita el baluarte de *Santa María* en Gerona, bajo las directrices de Cobos, con quien llegaría al Real Sitio de la Granja de San Ildefonso (Segovia) y, después, a Madrid en 1733.

Las fuentes difieren si Alcubierre llegó a Italia con el todavía infante don Carlos en el marco del conflicto contra



«Proyecto para redificar el ángulo saliente del camino cubierto del Baluarte de Santa María», Gerona, firmado por el ingeniero militar Andrés de los Cobos en 1732 y en el que se cree participó Alcubierre antes de ir a Nápoles; bajo estas líneas, miniatura ataviada con el uniforme de servidor del rey que, seguramente, vistió el zaragozano.

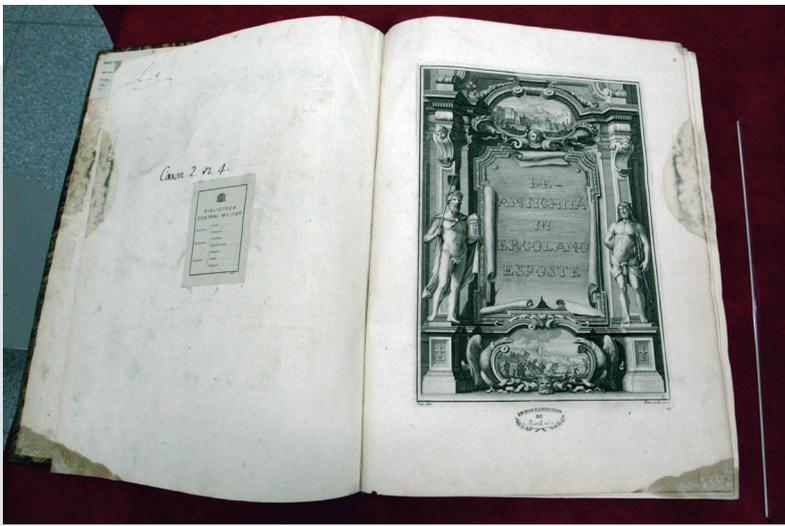


El aragonés trabajó e investigó en diferentes lugares del golfo de Nápoles (obra *Le Antichità di Ercolano Esposte*), como Portici, Herculano, Civitá (Pompeya) y Estabia, además de Pozzuoli o Sorrento, en los extremos izquierdo y derecho del mapa.



Recreación del siglo XVIII del palacio de Portici, adquirido por Carlos III mientras era rey de Nápoles y en el que trabajaba Alcubierre cuando descubrió Herculano; a la derecha, el cuadro *Don Carlos de Borbón en la batalla de Gaeta*, éxito español que fue básico para lograr la corona napolitana.





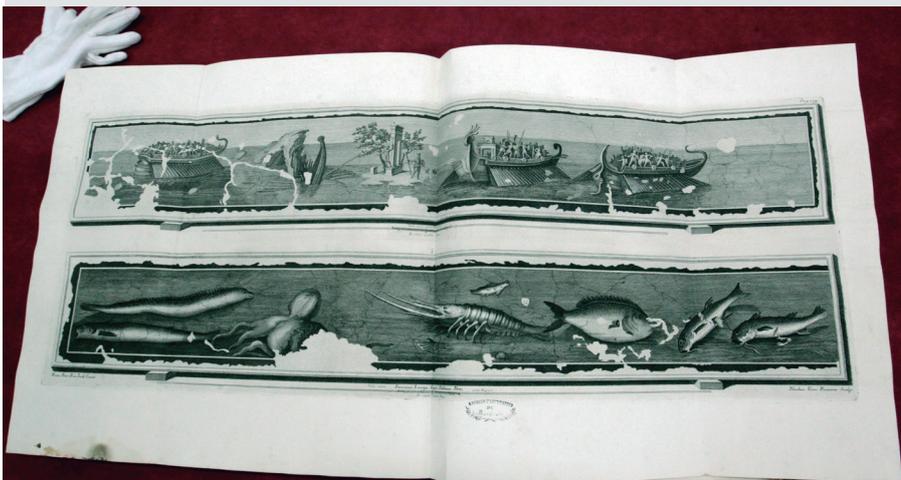
Las antigüedades de Herculano

ADemás de impulsar y seguir las tareas arqueológicas de Herculano, Pompeya y Estabia, sepultadas en el año 79 d.C. por el volcán Vesubio y olvidadas durante siglos, Carlos III de España —VII de Nápoles hasta heredar el trono hispano— promovió el estudio y conservación de los vestigios hallados en las excavaciones dirigidas por el ingeniero militar zaragozano Roque Joaquín de Alcubierre.

Vieron, así, la luz el Museo Herculanense y la real academia de igual nombre. Para ella, contrastados eruditos de la época analizaron y presentaron las piezas de ese mundo clásico que dejaban atrás su obligado entierro. Mucho de ese trabajo fue publicado en la obra *Le Antichità di Ercolano Esposte* (en español, *Las antigüedades de Herculano expuestas*), también auspiciada por el «rey arqueólogo».

De acuerdo con los parámetros ilustrados de la época, se primó el carácter histórico-artístico del descubrimiento y, a pesar de sus lagunas visto con criterios arqueológicos actuales, supuso un antes y un después para esta ciencia.

Se proyectaron 40 volúmenes, pero solo ocho vieron la luz. Fue el primer gran estudio de pormenorizado de los hallazgos arqueológicos de Alcubierre y hoy es, además, una joya bibliográfica por su calidad y bella factura. Entre los ejemplares que han llegado hasta nuestros días, la Biblioteca Central Militar conserva una serie de sus seis primeros tomos, a los que pertenecen estas imágenes.



Austria por la Corona de Nápoles o con posterioridad, tras la victoria del Borbón en Gaeta (1734) y que, a la postre, le valdría la corona napolitana.

No hay duda, sin embargo, de que en 1738 trabajaba en las reformas del palacio de Portici, adquirido por el soberano, lo que le llevó a descubrir las ciudades Herculano, Pompeya y Estabia.

Las tres, situadas en el golfo de Nápoles, centraron la mayor parte de su labor arqueológica, pero también investigó en otros puntos de la bahía, como Pozzuoli, el enclave más occidental, y Sorrento y la isla de Capri, en el extremo opuesto.

HERCULANO ABRIÓ EL CAMINO

El primer éxito de las indagaciones de Alcubierre fue encontrar Herculano. Llegaron al aragonés informaciones locales sobre piezas clásicas halladas en la zona con notable frecuencia, en concreto, en torno al llamado pozo Nocerino, y pidió permiso para investigar con dos o tres trabajadores.

Lograda la autorización real, empezó a trabajar y pronto dio con lo que pensó que era un templo. En realidad, estaba en el teatro la ciudad, como aclararía una lápida conmemorativa después. Incluso, se encontró el nombre de su arquitecto, Publio Numisio, en una inscripción.

Para avanzar en las excavaciones, Alcubierre construyó un sistema de galerías semejante al de una mina.

La calidad de las piezas encontradas y la frecuencia de sus hallazgos dieron alas al proyecto dirigido por Alcubierre, que incrementó el personal asignado. El aragonés organizó a sus hombres por tareas específicas y mantuvo siempre un registro pormenorizado de las antigüedades extraídas y localizadas.

A pesar de la dureza de la tarea, por la dificultad de sacar lo hallado y los problemas de ventilación en el interior del yacimiento, el caudal de vestigios era incesante para regocijo de todos, incluido el monarca, que se hacía llegar informes de la actividad diaria.

Ese interés, que se llevaría a España tras heredar su corona, propició los hallazgos de Pompeya y Estabia, la creación de un museo, una academia y la ambiciosa publicación *Le Antichità di Ercolano Esposte*. Por todo ello, recibió el apodo del «rey arqueólogo».

Tan solo un año después, según recuerda a través de las palabras del propio Alcubierre el profesor Hernández, «había bajado a las grutas de Herculano más de 200 veces», lo que quebró su salud hasta tener que pedir una baja entre 1741 y 1745.

A su regreso, el zaragozano ya era teniente coronel y miembro de la Archicofradía de los Nobles Españoles de Santiago.

Herculano era el foco de todas las miradas, incluso más allá de las fronteras napolitanas, y Alcubierre apostó por abrir nuevas investigaciones. Entre ellas, una en Cività (1748), donde ha-



Pintura al fresco hallada en Estabia.

llaría la hoy afamada Pompeya, y otra en Gragnano (1749), localización que ocultaba Estabia. Tales hitos no se confirmaron hasta 1763, cuando una estela de piedra pompeyana aclaró la identificación de los lugares estudiados.

La labor de Alcubierre fue metódica y exhaustiva, veló por la extracción de antigüedades bajo un férreo control y duras sanciones para los infractores, siguió las pautas del saber ilustrado del momento, que priorizaba el conocimiento histórico-artístico, y, sobre todo, supuso un antes y un después en la Arqueología.

Tras toda una vida de servicio, Roque Joaquín de Alcubierre falleció el 4 de marzo de 1780. Era brigadier, Ingeniero Jefe de los Ejércitos del rey de Nápoles y gobernador del castillo del Carmen, donde fue enterrado.

Esther P. Martínez/Fotos: Hélène Gicquel



Esther P. Martínez



Esther P. Martínez

Izquierda, espacio visitable en Herculano; a su lado, una vista del yacimiento de Pompeya con el volcán Vesubio al fondo. Debajo, imagen que recrea el descubrimiento y excavación del templo pompeyano de Isis en el siglo XVIII, tarea más accesible que las realizadas en el yacimiento herculanense al estar a menos profundidad.



Pietro Fabris